

Michael Morpurgo

CABALLO DE BATALLA

Traducción de Isabel Murillo

noguer

Título original: *War Horse*
© del texto: Michael Morpurgo, 1982
Todos los derechos reservados
Primera edición original en inglés publicada en 1982
por Egmont UK Limited, 239 Kensington High Street, London W8 6SA
© de la cubierta: del cartel de la adaptación teatral de *Caballo de batalla* del National Theatre,
estrenada en octubre de 2007

© de la traducción: Isabel Murillo, 2011
© Editorial Noguer S. A., 2011
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2011
ISBN: 978-84-279-0126-1
Depósito legal: M. 12.733-2011
Impreso por: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático,
ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia,
por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de
la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CAPÍTULO 1

Mis primeros recuerdos son imágenes confusas de terreno accidentado, establos húmedos y oscuros y ratas correteando por las vigas sobre mi cabeza. Pero me acuerdo bastante bien del día de la feria de caballos. El terror que sentí me ha acompañado durante toda la vida.

No tenía ni siquiera seis meses de edad, un potrillo desgarrado y patilargo que apenas se había alejado unos metros de su madre. Nos separamos aquel día en medio del horroroso bullicio del corro de subastas y jamás volvería a verla. Mi madre era una buena yegua de trabajo, entrada en años, pero con la fuerza y la resistencia de un caballo de tiro irlandés, patentes en sus cuartos delanteros y traseros. La vendieron en cuestión de minutos y de-

sapareció rápidamente del recinto sin que me diera tiempo a seguirla más allá de las puertas. Pero, por alguna razón, les costó más deshacerse de mí. Tal vez fuera por el resplandor salvaje de mi mirada mientras daba vueltas sin cesar al corro buscando con desesperación a mi madre, o quizá porque ninguno de los granjeros y gitanos allí presentes quería un potro de aspecto larguirucho y cruce además de un purasangre con una yegua de tiro. Fuera cual fuese el motivo, pasaron un montón de tiempo regateando por mi escasa valía, hasta que oí caer el martillo y me obligaron a rastras a cruzar la puerta y entrar en un corral que había en el exterior.

—No está mal por tres guineas, ¿verdad? ¿A que no, pequeño alborotador? No estás nada mal. —Era una voz ronca y enturbiada por el alcohol, y evidentemente, pertenecía a mi propietario. No me referiré a él como mi amo, pues amo sólo tuve uno. Mi propietario llevaba una cuerda en la mano y entró en el corral seguido por tres o cuatro de sus coloradotes amigos. Me fijé en que todos llevaban también una cuerda. Se habían quitado el sombrero y la chaqueta y subido las mangas, y empezaron a acercarse riendo hacia mí. Nunca me había tocado un humano y retrocedí para apartarme de ellos, hasta que noté los barrotes del corral detrás y me fue imposible seguir reculando. Me dio la impresión de que iban a aba-

lanzarse sobre mí todos a la vez, pero eran lentos y conseguí escabullirme y correr hasta la zona central del corral, donde me volví de nuevo hacia ellos. Habían dejado de reír. Grité para llamar a mi madre y oí su respuesta resonando a lo lejos. Y entonces me desboqué en dirección a ese grito, cargué contra los barrotes e intenté saltar por encima de ellos, con tan mala fortuna que mi pata delantera quedó enganchada cuando intentaba trepar y allí me quedé encallado. Me agarraron de mala manera por la crin y por la cola, y sentí una cuerda envolviéndome el cuello antes de verme arrojado al suelo y quedar sujeto por un hombre que parecía estar sentado sobre todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Luché hasta no poder más, dando violentas coces cada vez que veía que se relajaban, pero eran muchos y demasiado fuertes para mí. Me pasaron el roncal por la cabeza y, acto seguido, noté la presión en torno a mi cuello y mi cara—. ¿Así que eres peleón? —dijo mi propietario, tensando la cuerda y sonriendo a la vez que apretaba los dientes—. Me gustan los peleones. Pero ya te domaré yo de una manera u otra. Me parece que eres un gallito de pelea, pero acabarás comiendo de mi mano en un periquete.

Me arrastraron por los caminos atado a la trasera de un carro mediante una cuerda corta, de tal forma que a cada curva y recodo sufría un fuerte tirón en el cuello.

Cuando llegamos al camino de acceso a la granja y cruzamos el puente que llevaba hasta el establo que se convertiría en mi hogar, estaba empapado y agotado, y el ronزال me había dejado la cara en carne viva. Mi único consuelo cuando aquella primera noche fui conducido a los establos fue saber que no estaba solo. La vieja yegua que había tirado del carro desde el mercado ocupaba el establo contiguo al mío. Cuando entró se detuvo para mirar por encima de mi puerta y relinchó amablemente. A punto estaba yo de aventurarme a salir del fondo del establo, cuando mi nuevo propietario le arreó a mi compañera un golpe tan virulento en el flanco que reulé una vez más y me acurruqué de nuevo en el rincón, pegado a la pared.

—Entra, vieja estúpida —vociferó el hombre—. Bastante pesada eres como para que ahora pretendas enseñarle a este jovencito tus trucos de siempre. —En aquel breve instante capté una mirada de bondad y compasión en aquella vieja yegua que enfrió mi pánico y apaciguó mi espíritu.

Mi propietario me dejó allí, sin agua ni comida, y oí perderse sus pisadas sobre los adoquines en dirección a la granja. Hubo luego portazos y voces, y más tarde volví a oír el sonido de pasos correteando por el patio y de voces excitadas que se aproximaban. Aparecieron entonces dos cabezas en la puerta. Una era la de un niño, que se quedó

mirándome un buen rato, estudiándome con detenimiento, antes de que su rostro se iluminara con una resplandeciente sonrisa.

—Madre —dijo de forma pausada—. Será un caballo estupendo y valiente. Mira cómo sostiene la cabeza. —Y a continuación—: Míralo, madre, está empapado. Tendré que secarlo.

—Tu padre te ha dicho que lo dejes tranquilo, Albert —le dijo la madre al niño—. Ha recalcado que dejarlo solo le hará bien. Te ha ordenado que no lo toques.

—Madre —dijo Albert, corriendo los cerrojos de la puerta del establo—, cuando padre está borracho no sabe ni lo que dice ni lo que se hace. Los días de mercado siempre vuelve borracho. Y me dices que no le haga caso cuando está así. Tú dale de comer a la vieja *Zoey*, madre, mientras yo me encargo de él. Oh, ¿no te parece magnífico? Es casi rojo, parece un caballo bayo, ¿verdad? Y esa cruz que tiene en el hocico es perfecta. ¿Habías visto alguna vez un caballo con una cruz blanca como ésta? ¿Habías visto alguna vez una cosa así? Cuando esté listo, montaré este caballo. Iré montado en él a todas partes y no habrá otro caballo que lo iguale en toda la parroquia ni en todo el país.

—Apenas tienes trece años, Albert —dijo su madre desde el establo contigo—. El caballo es muy joven y tú

también; de todos modos, tu padre ha dicho que no lo toques, así que no me vengas con lloros si te pilla luego por aquí.

—Pero ¿por qué demonios lo compró, madre? —preguntó Albert—. Queríamos un ternero, ¿no? ¿No fue eso lo que fue a comprar al mercado, un ternero para que la vieja *Celandine* lo amamantara?

—Cariño, sé perfectamente que tu padre no es él cuando se pone así —le dijo su madre con dulzura—. Dice que el granjero Easton estaba pujando por el caballo, y ya sabes lo que piensa de ese hombre después de la riña que tuvieron por lo del vallado. Me imagino que lo compró simplemente para quitárselo. Al menos, ésa es la impresión que yo tengo.

—Pues me alegro de que lo hiciera, madre —dijo Albert, caminando despacio hacia mí, a la vez que se quitaba la chaqueta—. Borracho o no, es lo mejor que ha hecho en su vida.

—No hables así de tu padre, Albert. Ha pasado por muchas cosas. Eso no está bien —replicó su madre. Aunque no lo dijo muy convencida.

Albert era casi de mi altura y me habló con tanta amabilidad a medida que iba acercándose que me tranquilicé en seguida, a la vez que me sentía intrigado, por lo que permanecí donde estaba, pegado a la pared.

Cuando me tocó di un respingo, pero al momento me di cuenta de que no pretendía hacerme ningún daño. Primero me acarició el lomo y luego el cuello, sin dejar de hablarme todo el tiempo de lo bien que nos lo pasaríamos juntos, de que me convertiría en el caballo más listo del mundo entero y de que saldríamos los dos a cazar. Al cabo de un rato empezó a frotarme delicadamente con su chaqueta. Me frotó hasta secarme del todo y después me echó agua con sal en la cara, allí donde la piel me había quedado en carne viva. Me trajo un poco de heno dulce y un cubo de agua fresca y limpia. Creo que no dejó de hablarme en todo el tiempo. Y cuando dio media vuelta para marcharse del establo, lo llamé para darle las gracias y al parecer me entendió, pues me dirigió una amplia sonrisa y me acarició el hocico.

—Nos llevaremos bien tú y yo —dijo afablemente—. Te llamaré *Joey*, sólo porque rima con *Zoey*, y quizá también... sí, quizá también porque te queda bien. Volveré por la mañana. Y no te preocupes, cuidaré de ti. Te lo prometo. Que sueñes con los angelitos, *Joey*.

—No tendrías que hablar con los caballos, Albert —dijo su madre desde el exterior—. No te comprenden. Son criaturas estúpidas. Obstinadas y estúpidas, eso es lo que dice tu padre, y entiende mucho, ya que ha pasado toda la vida rodeado de caballos.

—Lo que pasa es que padre no los comprende —replicó Albert—. Creo que les tiene miedo.

Me acerqué a la puerta y vi a Albert y a su madre perdiéndose en la oscuridad. Supe en aquel momento que había encontrado un amigo para toda la vida, que entre nosotros se había creado un vínculo de confianza y afecto instintivo e inmediato. A mi lado, *Zoey* inclinó la cabeza por encima de su puerta para intentar tocarme, pero nuestros hocicos no lograron rozarse.

CAPÍTULO 2

Albert y yo crecimos juntos a lo largo de los duros inviernos y de los calinosos veranos que siguieron. Un potro añejo y un joven muchacho que tenían en común algo más que un porte torpe y desmañado.

Siempre que Albert no estaba en la escuela del pueblo, o trabajando con su padre en la granja, me subía a los campos o me bajaba a las marismas cubiertas de cardos que se extendían a orillas del río Torridge. Allí, en el único terreno llano de la granja, fue donde inició mi entrenamiento, haciéndome simplemente caminar y trotar arriba y abajo, y más adelante enseñándome a correr en círculos a su alrededor mientras me sujetaba con una rienda, primero en un sentido y luego en el otro. De

camino de vuelta a la granja me dejaba seguirlo a la velocidad que a mí me apetecía y aprendí a acudir a él cuando me silbaba, no por obediencia, sino porque siempre quería estar con él. Su silbido imitaba la llamada balbuceante de la lechuza, una llamada a la que nunca me negué a responder y que jamás olvidaría.

La vieja *Zoey*, mi única compañera, solía ausentarse el día entero para ir a labrar y rastrillar, para trabajar y producir para la granja, de modo que yo pasaba mucho tiempo solo. En los campos, durante el verano, resultaba soportable porque siempre la oía trabajar y la llamaba de vez en cuando, pero durante el invierno, encerrado en la soledad del establo, podía pasar todo el día sin ver ni oír una alma, a menos que Albert viniera a por mí.

Tal y como Albert había prometido, era él quien se ocupaba de mí y quien me protegía de su padre en todo lo posible; y su padre no resultó ser el monstruo que cabía esperar. Me ignoraba la mayor parte del tiempo y si me miraba, lo hacía siempre de lejos. De vez en cuando, podía mostrarse incluso amigable, pero nunca fui capaz de confiar en él, no después de nuestro primer encuentro. Jamás le permitía acercarse en exceso, y para evitarlo, reculaba hasta el otro extremo del campo e interponía entre nosotros a la vieja *Zoey*. Cada martes, sin embargo, el padre de Albert acostumbraba emborracharse, y cuan-

do volvía a casa, Albert siempre encontraba algún pretexto para estar conmigo y asegurarse con ello de que no se acercara a mí.

Una de aquellas tardes de otoño, cerca de dos años después de mi llegada a la granja, Albert se encontraba en la iglesia del pueblo tañendo las campanas. Por precaución, y como siempre hacía los martes por la tarde, me había encerrado en el establo junto con la vieja *Zoey*.

—Estaréis más a salvo juntos. Mi padre no entrará a molestarte si estáis juntos —solía decir.

Luego se asomaba por encima de la puerta del establo y nos daba un discurso sobre lo complicado que era tañer las campanas, y nos explicaba que le habían adjudicado la gran campana tenora porque lo consideraban ya un hombre capaz de manejarla y porque pronto se convertiría en el chico más alto del pueblo. Mi Albert se sentía orgulloso de su destreza con las campanas, y cuando *Zoey* y yo nos quedábamos en el establo en penumbra, el uno pegado a la otra, acunados por el sonido de las seis campanas de la iglesia tañendo por encima de los oscuros campos, sabíamos que estaba en todo su derecho de sentirse orgulloso. Es la música más noble que existe, pues todo el mundo puede compartirla: basta con ponerse a escucharla.

Aquel día debí de quedarme dormido de pie, pues no

recuerdo haberlo oído acercarse, pero de repente la luz de una linterna empezó a bailar sobre la puerta del establo y acto seguido se abrieron los cerrojos. Al principio pensé que sería Albert, pero las campanas continuaban sonando, y entonces oí una voz que pertenecía inequívocamente al padre de Albert un martes por la noche de regreso del mercado. Colgó la linterna encima de la puerta y empezó a aproximarse. Llevaba en la mano una fusta flexible y se tambaleaba por el establo en dirección a mí.

—Y bien, mi pequeño diablo orgulloso —dijo, con el tono amenazante de su voz apenas disimulado—. Han apostado que no puedo tenerte tirando de un arado en menos de una semana. El granjero Easton y todos los demás del pub The George piensan que no puedo contigo. Pero se lo demostraré. Ya te han mimado demasiado y ha llegado la hora de que te ganes el sustento. Esta noche voy a probarte unas cuantas colleras, hasta que encontremos la que mejor te vaya, y mañana empezaremos a arar. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas. Y si me das problemas, te azotaré con el látigo hasta hacerte sangrar.

La vieja *Zoey*, que conocía bien su carácter, relinchó para advertirme y retrocedió hasta los oscuros recovecos del establo, aunque no era necesario que me alertara, pues intuí en seguida sus intenciones. Una simple mira-

da a aquel palo levantado hizo que mi corazón empezara a retumbar de miedo. Aterrado, sabía que no podía echar a correr, pues no había adónde ir, de modo que le di la espalda y arremetí contra él soltándole una coz. Noté que mis cascos habían dado en el blanco. Oí un grito de dolor y, cuando me volví, lo vi caminando con dificultad hacia la puerta del establo arrastrando con rigidez una pierna y murmurando palabras de cruel venganza.

A la mañana siguiente, Albert y su padre vinieron juntos a los establos. Su padre caminaba con una notable cojera. Cada uno cargaba con una collera y me percaté de que Albert había estado llorando, pues sus pálidas mejillas estaban manchadas con el rastro de las lágrimas. Se plantaron en la puerta del establo. Con infinito orgullo y satisfacción, me di cuenta de que Albert ya era más alto que su padre, que lucía una expresión demacrada y cargada de dolor.

—Si tu madre no me hubiera suplicado anoche que no lo hiciera, Albert, le habría pegado un tiro a ese caballo aquí mismo. Podría haberme matado. Te lo advierto, si ese animal no ara los surcos rectos como una flecha en el plazo de una semana, lo venderé, te lo prometo. De ti depende. Dices que te apañas con él. Te daré, pues, una única oportunidad. A mí no me permite acercarme. Es salvaje y violento, y a menos que consigas domarlo y en-

trenarlo esta semana, se larga. ¿Me has entendido? Ese caballo tiene que ganarse el sustento como todo el mundo aquí, me da lo mismo lo vistoso que sea, tiene que aprender a trabajar. Y te prometo una cosa más, Albert: si pierdo la apuesta, se irá. —Dejó caer la collera en el suelo y dio media vuelta para irse.

—Padre —dijo Albert con voz decidida—. Entrenaré a *Joey*, lo entrenaré para que labre como es debido, pero tú debes prometerme que nunca más volverás a levantar un palo contra él. Así es imposible manejarlo, lo conozco bien, padre. Lo conozco como si fuese mi hermano.

—Tú ocúpate de entrenarlo, Albert, de manejarlo. Yo no quiero saber nada —dijo despectivamente su padre—. No pienso volver a acercarme a esa bestia. Antes le pego un tiro.

Cuando Albert entró en el establo no fue para darme mimos, como siempre solía hacer, ni para hablarme con cariño. Se acercó a mí y me miró fijamente a los ojos.

—Eso que hiciste fue una endemoniada estupidez —dijo muy serio—. Si quieres sobrevivir, *Joey*, tendrás que aprender. Nunca jamás volverás a arrear una coz a nadie. Lo ha dicho de veras, *Joey*. Te habría pegado un tiro de no haber sido por mi madre. Fue mi madre quien te salvó. A mí no me habría escuchado, y nunca me es-

cuchará. Por lo tanto, nunca más, *Joey*. Jamás. —Su voz cambió a partir de aquel momento y habló más como él solía hacerlo—. Disponemos de una semana, *Joey*, de una única semana para que aprendas a arar. Sé que ese pura sangre que llevas dentro tal vez piense que es una bajeza para ti, pero es lo que tendrás que hacer. La vieja *Zoey* y yo vamos a entrenarte; y será un trabajo terriblemente duro, más duro incluso para ti porque no estás en forma para ello. Te hartarás de trabajar. Y al final te hartarás también de mí, *Joey*. Pero padre ha hablado en serio. Es un hombre de palabra. En cuanto se le mete una cosa en la cabeza, no hay más que decir. Te vendería, o te pegaría un tiro incluso, antes que perder esa apuesta, tenlo por seguro.

Aquella misma mañana, con la niebla pegada aún a los campos y unido a la querida y vieja *Zoey* mediante una collera que colgaba suelta sobre mis espaldas, fui conducido hacia el Cercado Largo, donde iniciaría mi entrenamiento como caballo de granja. Cuando tiramos juntos por primera vez, la collera me restregó la piel y, como resultado de la tensión, mis patas se hundieron en el blando terreno. Detrás, Albert gritaba prácticamente sin cesar y blandía un látigo cada vez que yo dudaba o me desviaba de la línea, siempre que creía que no estaba dando lo mejor de mí..., y sabía muy bien cuándo. Aquél

era un Albert distinto. Las palabras amables y las bondades del pasado habían desaparecido. A mi lado, la vieja *Zoey* se agazapaba bajo su collera y tiraba en silencio, cabizbaja, excavando el terreno con sus patas. Por el bien de ella y por el mío propio, y también por el de Albert, empujé con todas mis fuerzas bajo la collera y empecé a tirar. En el transcurso de aquella semana aprendería los principios básicos de la labranza para un caballo de granja. Todos mis músculos me dolían por el esfuerzo; pero después de una noche reparadora acostado en el establo, a la mañana siguiente volvía a estar fresco y listo para trabajar.

A medida que pasaron los días, fui haciendo progresos; empezamos a trabajar mejor en equipo y Albert tuvo que emplear menos el látigo y volvió a hablarme con más amabilidad, hasta que llegó un momento, hacia el final de la semana, en el que supe con toda seguridad que había recuperado su afecto. Entonces, una tarde, después de terminar con la punta de tierra que remataba el Cercado Largo, Albert desenganchó el arado y nos pasó un brazo a los dos por encima del lomo.

—Muy bien, lo habéis conseguido, preciosidades mías. Lo habéis conseguido —dijo—. No he querido decíroslo para no distraeros, pero mi padre y el granjero Easton han estado observándonos toda la tarde desde

casa. —Nos rascó detrás de las orejas y nos acarició el hocico—. Mi padre ha ganado la apuesta, y esta mañana, desayunando, me ha dicho que si hoy terminábamos de arar el campo, olvidaría por completo el incidente y podrías quedarte, *Joey*. Así que lo has conseguido, preciosidad, y me siento tan orgulloso de ti que te daría un beso, tontuelo, pero no pienso hacerlo porque nos están mirando. Dejará que te quedes, estoy seguro. Mi padre es un hombre de palabra, eso puedes tenerlo claro..., siempre y cuando esté sobrio.

Unos meses después, cuando regresábamos de cortar el heno en la Pradera Grande por el frondoso sendero que conducía hasta el patio, Albert nos habló por primera vez de la guerra. Sus silbidos se interrumpieron a media canción.

—Dice mi madre que es probable que haya una guerra —nos explicó con tristeza—. No sé de qué va, algo relacionado con un duque que ha sido asesinado no sé dónde. No tengo ni idea de por qué este hecho debería importarnos, pero dice que nos veremos metidos en ello a pesar de todo. Pero a nosotros, aquí, no nos afectará. Continuaremos como siempre. De todas maneras, con quince años soy aún demasiado joven para ir... o al menos eso es lo que dice mi madre. Pero te digo una cosa, *Joey*, si hay una guerra me gustaría ir. Pienso que se-

ría un buen soldado, ¿no crees? El uniforme me sentaría de maravilla, ¿verdad? Y siempre he querido marchar al ritmo de una banda de música. ¿Te lo imaginas, *Joey*? De hecho, tú también serías un caballo de batalla buenísimo ¿a que sí?, porque cabalgarías tan bien como tiras del arado, sé que lo harías. Formaríamos una pareja estupenda. Que Dios ayude a los alemanes si algún día tienen que enfrentarse a nosotros dos.

Un caluroso atardecer de verano, después de un largo y polvoriento día en los campos, yo estaba enfrascado en mi puré de avena, con Albert limpiándome aún con un cepillo de cerdas y hablándome sobre la abundancia de paja de buena calidad que tenían guardada para los meses de invierno, y sobre lo buena que sería la paja de trigo para el tejado que iban a construir, cuando oí los pesados pasos de su padre cruzando el patio en dirección a nosotros. Iba gritando:

—¡Madre! ¡Madre, sal, madre! —Era su voz sana, su voz sobria, una voz que no me daba miedo—. Es la guerra, madre. Acabo de oírlo en el pueblo. Esta tarde ha llegado el cartero con la noticia. Esos diablos han marchado sobre Bélgica. Ya es seguro. Ayer a las once en punto declaramos la guerra. Estamos en guerra con los alemanes. Les daremos tal paliza que nunca más se atreverán a levantarle la mano a nadie. Terminará en pocos meses.

Siempre funciona igual. El león británico está dormido y ellos se han creído que estaba muerto. Pero les enseñaremos un par de cosas, madre. Les enseñaremos una lección que jamás olvidarán.

Albert interrumpió sus tareas de limpieza y dejó caer el cepillo al suelo. Nos acercamos a la puerta del establo. Su madre estaba en la escalera de acceso a la granja. Se había llevado la mano a la boca.

—Oh, Dios mío —dijo en voz baja—. Oh, Dios mío.

CAPÍTULO 3

Poco a poco, durante aquel último verano en la granja, tan poco a poco que yo apenas me había dado cuenta de ello, Albert había empezado a montarme para salir de los terrenos de la granja e ir a controlar las ovejas. La vieja *Zoey* nos seguía y yo me iba deteniendo de vez en cuando para asegurarme de que continuaba con nosotros. Ni siquiera recuerdo la primera vez que me puso una silla encima, pero en algún momento debió de hacerlo, pues cuando aquel verano se declaró la guerra, Albert me montaba todas las mañanas para ir a ver a las ovejas y casi todas las tardes cuando terminaba sus tareas. Acabé conociendo hasta el sendero más recóndito de la parroquia, los susurros de cualquier roble y el estrépito de todas las verjas al

cerrarse. Chapoteábamos en el arroyo que cruzaba el Bosquecillo de los Inocentes y galopábamos como un rayo por el Rincón de los Helechos. Cuando Albert me montaba, no había tirones de riendas, ni tampoco sacudidas en el freno de mi boca; una delicada presión con las rodillas o un toque de sus talones servían para comunicarme lo que deseaba de mí. Llegamos a entendernos hasta tal punto que pienso que podría haberme montado incluso sin hacer eso. Cuando no me hablaba, se pasaba el rato silbando o cantando, y con ello me daba confianza.

Al principio, la guerra apenas nos afectó en la granja. Con más paja aún que remover y almacenar de cara al invierno, la vieja *Zoey* y yo partíamos cada mañana temprano para trabajar en los campos. Para gran alivio nuestro, Albert había pasado a ocuparse de las labores relacionadas con los caballos de la granja, mientras que su padre supervisaba los cerdos y los bueyes, controlaba las ovejas, reparaba vallas y excavaba zanjas alrededor de la granja, de tal modo que apenas lo veíamos más que unos minutos al día. Pero a pesar de la normalidad de la rutina, la tensión en la granja iba en aumento, y empecé a tener una aguda sensación de mal presagio. En el patio se producían largas y acaloradas discusiones, a veces entre el padre y la madre de Albert, pero más a menudo, curiosamente, entre Albert y su madre.

—No debes echarle la culpa, Albert —dijo ella una mañana, dirigiéndose enfadada a él delante de la puerta del establo—. Lo hizo todo por ti, lo sabes bien. Cuando lord Denton le ofreció la posibilidad de venderle la granja hace diez años, tu padre se hizo cargo de la hipoteca para que tú tuvieras una granja propia cuando fueras mayor. Y es la hipoteca lo que le provoca este sinvivir y lo lleva a beber. Si de vez en cuando se comporta como si no fuese él, no puedes exigirle que continúe como siempre. No se encuentra tan en forma como antes y no puede trabajar en la granja como solía hacerlo. Ya ha pasado de los cincuenta..., y me parece que los niños nunca se plantean si sus padres son mayores o jóvenes. Y además está la guerra. La guerra le preocupa, Albert. Le preocupa que los precios empiecen a caer, y pienso que en el fondo de su corazón cree que debería estar prestando servicio en Francia, pero es demasiado viejo para eso. Tienes que tratar de comprenderlo, Albert. Se lo merece.

—Tú no bebes, madre —replicó con vehemencia Albert—. Y tienes tantas preocupaciones como él, y, de todos modos, si bebieras, no te meterías conmigo como lo hace él. Trabajo todo lo que puedo y más, y aun así no deja nunca de quejarse de que esto no está hecho y lo otro tampoco. Se queja siempre que salgo con *Joey* por

las tardes. Ni siquiera quiere que vaya a tocar las campanas una vez por semana. Esto no es razonable, madre.

—Lo sé, Albert —dijo su madre con más amabilidad, cogiéndole a Albert la mano entre las suyas—. Pero debes intentar ver lo que hay de bueno en él. Es un buen hombre, lo es de verdad. Lo recuerdas también así, ¿no?

—Sí, madre, lo recuerdo así —reconoció Albert—, pero sólo con que no siguiera con lo de *Joey* como siempre... Al fin y al cabo, ahora *Joey* trabaja para ganarse el sustento y necesita tiempo libre para divertirse, igual que yo.

—Por supuesto, cariño —dijo ella, cogiéndolo por el codo y arrastrándolo hacia la granja—, pero ya sabes lo que opina de *Joey*, ¿verdad? Lo compró por despecho y está arrepentido desde entonces. Como él dice, en realidad sólo necesitamos un caballo de trabajo y ese caballo tuyo come dinero. Eso es lo que le preocupa. Granjeros y caballos, siempre igual. Mi padre también era así. Pero cambiará de parecer si te muestras amable con él, sé que lo hará.

Pero Albert y su padre apenas se hablaban últimamente y la madre se estaba acostumbrando cada vez más a actuar de intermediaria entre ellos, a hacer las veces de negociadora. Era un viernes por la mañana, pocas semanas después de que empezara la guerra, y la mujer estaba

de nuevo arbitrando entre ellos en el patio. Como era habitual, el padre de Albert había llegado borracho del mercado la noche anterior. Decía que se había olvidado de devolver el ejemplar de cerdo de Hampshire que habían pedido prestado para que montase a las cerdas y marranas jóvenes. Le había dicho a Albert que lo hiciera, pero éste se había negado rotundamente y se avecinaba tormenta. El padre de Albert decía que «tenía asuntos que atender» y el muchacho alegaba que tenía que limpiar los establos.

—No te llevará más de una hora, cariño, bajar el cerdo con el coche y recorrer el valle hasta Fursden —dijo rápidamente la madre de Albert, tratando de suavizar lo inevitable.

—De acuerdo entonces —dijo Albert rindiéndose, como hacía siempre que su madre intervenía, pues odiaba hacerla enfadar—. Lo haré por ti, madre. Pero sólo con la condición de que esta tarde pueda salir con *Joey*. Este invierno quiero cazar con él y tengo que ponerlo en forma. —El padre de Albert permaneció en silencio y frunciendo los labios, y entonces me di cuenta de que me miraba fijamente. Albert se volvió, me dio unos golpecitos cariñosos en el hocico, cogió un palo del montón de madera apoyada junto al leñero y se encaminó hacia la pocilga. Unos minutos después, lo vi guiando al enor-

me cerdo blanco y negro por el sendero que iba de la granja al camino principal. Le grité, pero no se volvió.

Si el padre de Albert entraba alguna vez en el establo, era sólo para sacar de allí a *Zoey*. Por aquella época me dejaba siempre solo. Ensilaba a *Zoey* en el patio y subía con ella a las colinas que había más allá de la granja para ir a controlar las ovejas. De modo que aquella mañana que entró en el establo para llevarse a *Zoey* no fue para mí un hecho en absoluto especial. Pero cuando entró después en el establo y empezó a decirme carantoñas y me presentó un cubo lleno de olorosa avena, desconfié de inmediato. La avena y mi curiosidad superaron mi buen juicio y logró pasarme un ronزال por la cabeza antes de que me diera tiempo a apartarme. Su voz, sin embargo, sonó excepcionalmente amable y gentil mientras tensaba el ronزال y extendía muy despacio el brazo para acariciarme el cuello.

—Estarás bien, hijo —dijo en voz baja—. Estarás bien. Cuidarán de ti, lo prometieron. Y necesito el dinero, *Joey*. No sabes cuánto necesito el dinero.